



Fotografiar con rabia y ternura: La historia no contada de Giovanna Pezzotti

Sol Astrid Giraldo Escobar

Curadora, investigadora de arte y escritora, sol.astrid.giraldo@gmail.com

“Hijueputa”, la palabra vetada se riega como un collar de perlas duras y negras por el centenar de páginas arrugadas del caótico diario de la fotógrafa Giovanna Pezzotti (Medellín, 1942-2019). Saco las hojas de una caja de cartón abandonada en el cuarto donde vivió. Están sin numeración, tachadas, reescritas, apiladas. Trato de darle algún orden a un texto urgente, fragmentado, disperso. Releo los papeles. Los recojo, con cuidado, como las hojas caídas de un árbol después del vendaval. Es que eso fue, ni más ni menos, su vida.

Esta no es la versión edulcorada de sus aventuras en Colombia, Venezuela y Europa que pulió con frases estereotipadas durante sus últimos días, al regresar a Medellín después del exilio. Es otra cosa. Un documento salvaje. Una aria operática. Un cuerpo despellejado y un alma sin coraza. Bitácora de furia, también de carcajadas, a veces de delirios místicos. Espejo roto donde “la muñequita de piel de porcelana y caminar repicao”, según su autodefinición, deja ver la lucha con sus demonios internos y los monstruos de afuera. Doña Quijote peleando, al tiempo, contra los molinos envenenados de La Mancha y los terremotos adentro de su blusa.

En medio de aventuras, pasiones, exaltaciones, de las sombras y luces en las que se internó, de las huellas de su taconeo global, de las cotidianidades sin brillo y agobiantes, aparece la palabra proscrita una y otra vez: “Hijueputa”. La grita con la maestría de los antioqueños cuando la dicen desde adentro. Es el *leitmotiv* de sus memorias. Entonces, recordando a Nabokov cuando paladea las letras de “Lolita”, la palabra del deseo que desencadena su emblemática novela, me imagino el tortuoso recorrido físico de la palabra del dolor

de Giovanna. Casi puedo ver su boca delgada luchando por abrirse lo suficiente para modelar la corriente de aire y bilis que le llega desde las entrañas sublevadas. Alcanzo a percibir como ese tóxico viento interno se choca contra el paladar primero y se estalla en los labios y detrás de los dientes después, con todo el odio posible que alarga la última aaaa hasta el confín de las injusticias.

Hubo muchos *hijueputazos* descomunales en su frenética vida. Algunos quedaron atrapados por su máquina de escribir. Aquí los tengo, vivos y palpitantes, antes de la censura y la autocensura. Los sopeso en mis manos, sin filtros, sintiendo las convulsiones de esta explosión no controlada que difícilmente podría considerarse literatura.

El “hijueputa” madre de todos va junto a un acto vandálico y descomunal, teniendo en cuenta que lo realizaban las manos de un angelito con faldas, quien, desolado, enfurecido y despeinado, recorría el barrio San Diego en los inicios de la década de los 50. Lo cometió cuando a su padre, Francesco Antonio, el inmigrante italiano, el presunto conde, el trotamundos, el dandi, el comerciante, el bello; una tarde le estalló el corazón. Con su muerte, voló por los aires su hogar, ese frágil paraíso donde el clan Pezzotti Villegas se refugiaba de las carencias. También se evaporó con él la ilusión de empezar una vida holgada al lado del mar en Calabria, donde el padre podía reclamar las tierras de una herencia. Ahora, a la pobreza conocida se le sumaba otra más tenaz: la de los sueños marchitos. La niña Giovanna sintió entonces un odio que le recorrió todo el cuerpo y se le incrustó para siempre en los ojos. Escuchemos su relato:

Recuerdo la primera vez que me di cuenta de que estaba resentida. Fue después de la muerte de mi papá. Tenía 8 años y era muy pobre. Tan pobre que me sentía perdida. Tenía rabia con los ricos de mi barrio. Veía que lo tenían todo, mientras a mí me faltaba todo. ¡Hijueputas! Un día con rabia tanta que no la podré olvidar cogí un vidrio y rayé un carro de lado a lado. Lo recuerdo con satisfacción. Era pequeña y tenía la necesidad de desahogarme. No aceptaba que hubiera perdido todos mis derechos.

La herida de la muerte de su padre la arrojó al mundo más que las contracciones uterinas de su madre, Teresa, la dulce maestra de Aguadas y cosedora de sombreros, que no supo qué hacer con sus seis hijos y las fantasías truncas de paraísos perdidos al otro lado del mar. Desde entonces, Giovanna se sentiría como la mayor paria de las parias. Una sensación visceral que permanecería siempre y la acercaría a los otros parias del mundo. No dejaría de encontrarlos y honrarlos durante el resto de su vida.

A los 20 años finalmente pudo viajar con su madre y hermanos a Scalea (en el sur de Italia), a reclamar la añorada herencia familiar. Pero esta, como todo fuego fatuo que se respete, no iba a dejarse atrapar. Cuando llegaron, se dieron cuenta de que parientes mafiosos se habían apropiado de las ansiadas propiedades. La caída en la realidad fue violenta. Los usurpadores los expulsaron y su madre tuvo que regresar a Colombia sin nada en las manos. No hubo plata ni siquiera para el pasaje de Giovanna, quien debió permanecer en Europa mientras trabajaba para comprar su tiquete de regreso. Ahora era una paria internacional. Se quedó sola en Milán, donde alguna vez le tocó amanecer en la calle. Cuidó niños, paseó perros. Fue abusada por un “hijueputa exnazi”. Conoció la torre Eiffel. Aprendió fotografía en Bayern. Se devolvió en un barco que partió de Hamburgo.

Cuando llegó, encontró una Medellín exaltada, donde se oía a Los Beatles, los poetas nadaístas recitaban versos piojosos mientras pisoteaban hostias en la Catedral Metropolitana y las chicas *ye-yé* usaban minifaldas. Ella también se las puso, se tiñó el pelo de rubio y esbozó la sonrisa utópica de los tiempos. En medio de la efervescencia, descubrió a un cura que lideraba la revolución de las basuras, santiguando a los tugurianos del Puente del Mico con agua bendita y el incómodo evangelio de Marx. Giovanna se acercó a Vicente Mejía del grupo de sacerdotes izquierdistas Golconda, a sus ojos libres, su pelo al viento, su camisa y dientes blancos. Entonces allí, en

el barrio Fidel Castro (que después se llamaría Moravia) pronunció el más sonoro de todos los “hijueputas” de su vida. Es que ya no lo hizo solo con su boca, sino con la cámara fotográfica que desde entonces no se quitaría del cuello.

Llegó Navidad. Al padre le habían dado unos regalitos para los niños. Estábamos en contra del paternalismo, porque pensábamos que solo retrasaría la revolución, pero éste era un cariñito. Formamos unas comisiones para hacer una encuesta de las necesidades más inmediatas. A mí me tocó la zona de los tugurios llamada Fidel Castro. Yo ya conocía la miseria en dos años de estar trabajando en estas zonas con el padre, pero esta vez la sensibilidad tocó mis límites. Ya otras veces había visto las cosas infames que sucedían en los ranchos. Cuando llueve, los niños se ruedan por esas faldas y hay que ir a buscarlos entre el fango. Otras veces, el fuego donde cocinan cualquier aguapanela hace contacto con el cartón o los trapos que cubren los muros de los tugurios y se incendian. Otras, se intoxican con la basura y los alimentos pasados que comen.

Entré al tugurio. No había nadie. Era un pequeño cuarto hecho de cartón y plástico. Había un colchón en el suelo sin sábanas. Seguí adelante. Pensé: “En este lugar no puede vivir ni siquiera un animal”. Pasó una rata grande. En un rincón había una mesa hecha con pedazos de leña. De una de sus patas estaba amarrado un niño de tres años como un perro. Desnudo, con una camisita que apenas le cubría hasta la cintura. En el suelo había una taza de aguapanela negra. Cuando vi este cuadro quedé petrificada: “¡Esta es Colombia, hijueputa!”. No es justo. No solo le niegan el techo, el amor, la educación, el abrigo, sino que lo amarran. Esta es Colombia. Mi Colombia. El tercer país productor de oro del mundo, en el que donde uno pisa hay un pozo de petróleo, donde están todos los climas, las razas. Un país con dos océanos, con el río más caudaloso del mundo. ¡No hay derecho! Me agaché con ternura, con rabia. Lo desamarré. Le di unos dulces que llevaba. Me miró con miedo. Me costó mucho convencerlo de que no quería hacerle mal. Estos niñitos están resentidos con todos y con todo. Entonces entró otra niña más grande, de 7 años. Me contó que la mamá lo amarraba porque tenía que ir a apluchar ropa, no tenía quien se lo cuidara y la semana pasada el tren había matado a otro hermanito. ¡Qué injusticia! Le entregué el niño a una asistente social para que lo vistiera, lo lavara y le diera un poco de leche caliente, al menos hoy que era Navidad. Y seguí mi encuesta de miseria.

Llegué a otro rancho. Toqué. Una voz apagada me dijo que entrara. Estaba lleno de moscas. Los trapos colgaban por todas partes. Y tenía pegados cartones con la publicidad de las multinacionales que nos explotan: Marlboro, Coca-Cola. ¡Qué ironía! Me acerqué donde un viejito, vi que tenía dificultades para sentarse. Le pregunté: “¿Le ayudo?”. Me dijo: “no puedo, porque hace 15 días que nadie me levanta y la espalda se me pegó de las tablas que me sirven

de lecho". "Otra vez" me dije: "Hijueputa". Aquel niño no tiene derecho a vivir porque le amarran la vida. Y este viejo no tiene derecho a morir porque lo clavan con sangre y pus a las tablas que le dan para descansar. La asistente también lo lavó, lo vistió y le dio dulces. Cantamos villancicos.

Me despedí con lágrimas en los ojos, mientras comía natilla y buñuelos. Los dejamos en compañía de los compañeros que les traían un cariñito. Salí. Estaba cansada. No soportaba más. Era demasiado para un ser humano ver toda la miseria en un día. Me senté en la carrilera del tren, porque estos pobres excampesinos que se tienen que volar de sus tierras convertidas en ríos de sangre, solo pueden hacer sus ranchos al lado de los rieles o en las faldas de las montañas. Estaba sentada con las manos en la cara mirando el cielo. Me preguntaba: "¿Será que Dios no existe? ¿Será que solo es de los ricos, de los poderosos? ¿Será que ni a eso tienen derecho los pobres: a un Dios?"

En Moravia, en 1968, Giovanna aprendió a fotografiar con rabia y ternura. Durante años registró la mugre de la tacita de plata, las limitaciones de su proyecto urbano. Entre el paisaje desolado y duro de los detritos no vio subhumanos, sino heroísmo y resistencia. Sin su rabioso y empático testimonio gráfico, no conoceríamos hoy aquella inédita épica de la supervivencia.

Después de este paso por la tierra de nadie, entre el tren y el río de la ciudad, vendría la inmersión en la cárcel de hombres de La Ladera (1970), donde los criminales le mostraron sus alas de ángel quebradas en una serie fotográfica visceral como pocas. La cacería visual siguió sin pausa: en la convulsa década de los 80, con su lente perseguiría a Pablo Escobar, el Robin Hood que se convertiría en el capo de los capos y el azote del país; la muerte anunciada de Héctor Abad Gómez, el médico de los desposeídos; la caída como pétalos de una margarita oscura de sus amigos de la Unión Patriótica. En todas estas ocasiones, volvió a pronunciar dolorosos "hijueputas" con su cámara enfurecida.

Pero esas ya son otras historias. Todas quedaron plasmadas en las imágenes de Giovanna Pezzotti, la fotógrafa de los parias que odió las injusticias. La que escribió con cólera. La que sobrevivió con un humor ácido. La de las páginas sueltas y las imágenes perdidas. Estas son solo algunas. Las hemos olvidado. Deberíamos recordarlas. 📷



Giovanna Pezzotti, <https://www.facebook.com/giovanna.pezzotti.3>



Giovanna Pezzotti, <https://www.facebook.com/giovanna.pezzotti.3>



Giovanna Pezzotti, <https://www.facebook.com/giovanna.pezzotti.3>



Giovanna Pezzotti, <https://www.facebook.com/giovanna.pezzotti.3>